

Venerable JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

Arzobispo Emérito de Valencia
Fundador de la Congregación
de HH. Oblatas de Cristo Sacerdote

SACERDOS ET HOSTIA

*“... estas palabras han sido mi vida en la tierra
y espero que serán mi gloria en el cielo”*

Se ruega comuniquen las gracias recibidas por intercesión
del Venerable José María García Lahiguera a:

HH. Oblatas de Cristo Sacerdote
General Aranzaz, 22—28027 MADRID
www.oblatasdecristosacerdote.com

Oración

Para la devoción privada

Padre Santo, fuente de toda santidad, que te dignaste otorgar a tu fiel hijo José María la plenitud del sacerdocio, identificándolo así con Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote: humildemente te rogamos ahora nos concedas la gracia que suplicamos, confiados en su eficaz intercesión, a fin de que un día la Iglesia, a la que tanto amó y sirvió con la entrega total de su vida, lo eleve al honor de los altares para gloria de tu nombre. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

*De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, en nada se pretende pre-
venir el juicio de la Iglesia. Esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.*

Reseña bibliográfica

José M^a García Lahiguera nació en Fitero (Navarra - España) el 9 de marzo de 1903 y fue bautizado tres días después. Durante su vida, siempre quiso secundar la acción del Espíritu Santo en él. Muy niño aún, manifestó su deseo de ser sacerdote, y en el Seminario de Madrid dejó huella de su gran virtud. Ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1926, pronto fue reclamado para la dirección espiritual de los seminaristas. Lleno de un gran celo por la santidad sacerdotal, en 1938 fundó con la Madre M.^a del Carmen Hidalgo de Caviades la Congregación de HH. Oblatas de Cristo Sacerdote, de vida contemplativa, que obtuvo la Aprobación Pontificia en 1967. Fue nombrado Obispo Auxiliar de Madrid en 1950; Obispo de Huelva en 1964; y Arzobispo de Valencia en 1969. Promotor de la Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, en 1973 tuvo la alegría de verla introducida en el Calendario Litúrgico de España. Murió con fama de santidad en Madrid, el 14 de julio de 1989. Su cuerpo reposa en el oratorio de la Casa-Madre de las HH. Oblatas de Cristo Sacerdote. El Papa Benedicto XVI le declaró “Venerable” el día 27 de junio de 2011.

Agradecimientos

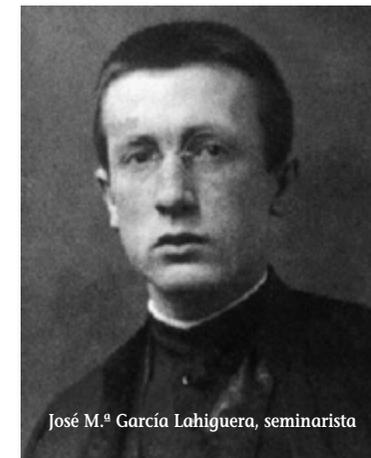
Ávila: Carlos Hurtado de Mendoza. **Barcelona:** Carmen Sagarra - M^a Lourdes Tristany. **Cáceres:** Pilar Gómez Moreno (Plasencia). **Canadá:** M^a Paz Arnés. **Castellón:** Primitiva Domingo. **Huelva:** Sebastián Viejo. **Madrid:** -Purificación Fernández Rojo - María Calvo - Esperanza Martínez de la Riva - Áurelia Álvarez Espinosa - Marcelo Gómez - Juan Carlos García - Juan José Borrachero - Rev. Jacinto González - Carmen Bougíl - Familia Vicente-Tutor - Antonio Iniesto Acebedo (Majadahonda) - Araceli Martín. **Navarra:** M^a Dolores Agreda Prieto (Fitero). **Puerto Rico:** Rev. Francisco Javier Morrodán. **Sevilla:** Dominga Martín Gómez. **Valencia:** Margarita Vergara Monasor.

Hoja informativa
de la vida y fama de santidad de
Don José María García Lahiguera, Arzobispo

Testimonios

De seminarista le llamaban “Albericio”, por ser sobrino nieto del canónigo D. Ignacio Albericio, autor de la famosa *Gramática Latina* que se estudiaba por entonces en aquellas aulas. Entre profesores y condiscípulos del Seminario de Madrid era voz unánime: “Albericio es un santo”.

Al verlo por primera vez creí ver a San Luis Gonzaga, pero con gafas. Delicado y fino en sus modales, irradiaba una bondad y dulzura especial que cautivaba. Todo en él me daba la impresión de estar en presencia de uno de esos santos que desde



José M.ª García Lahiguera, seminarista

niños veíamos en las estampas. Impresión que, según iba pasando el tiempo, se me iba confirmando más. Tal devoción me inspiraba, que más de una vez, en la capilla, me puse en el sitio en que debían colocarse los teólogos para verle, tan recogido y como transfigurado ante el Sagrario, junto al altar de la Inmaculada, el rostro alegre y sereno.

Piadoso, observante, humilde y servicial, José María era un santo simpático y sencillo, que también sabía recibir y gastar bromas.

Durante los estudios de teología, fue encargado de la *Schola cantorum*. Se me quedó muy grabado su gran paciencia, control de sí mismo y amabilidad en los ensayos. Jamás le vi con gesto de impaciencia o palabras molestas. Al contrario: sólo una de sus miradas dulces nos hacía guardar silencio, repitiendo una y otra vez las cosas hasta conseguir que lo hiciéramos bien. Nos instruía, más que reñirnos, con unas palabras llenas de unción —que siempre conservó—, tales como: “*Las cosas que hacemos para el Señor o la Virgen las tenemos que hacer con cariño y bien ¿no os parece?*”

D. Hermenegildo López Gonzalo

II

2016
N.º 10

Del Venerable José María García Lahiguera



Siempre quise ser Sacerdote. Nunca quise ser otra cosa. Yo solo, niño de nueve años ¡lo recuerdo!, sin más, dije a mi padre que quería ir al Seminario, que quería ser sacerdote. (Diario, 25.05.1976)

Entré en el Seminario de Madrid el día 1 de octubre de 1915, y salí, camino del Obispado, el 1 de enero de 1949. Durante estos treinta y cinco años viví día y noche en el Seminario, llenando lo que llamaría tres etapas: la de seminarista, después la de Superior-Profesor y, por último, la de Director espiritual, primero del Seminario Menor y luego –la más interesante– del Seminario Mayor.

Fui feliz, totalmente feliz en todo momento, entonces, y ahora cuando lo recuerdo. Los años de seminarista dejaron huella en mi ser; fueron la forja que al calor del espíritu y constante trabajo, moldearon la figura del futuro sacerdote; fueron como el riego suave en la semilla de la vocación que luego se desarrolló en el apostolado de toda mi vida.

Fueron años llenos; respirábamos a pleno pulmón aire de gracia, de paz, de ilusión. Éramos entonces un buen número de seminaristas. Caminábamos alegres, con buen humor; unos más estudiosos, otros menos; unos más piadosos, otros menos; pero todos, con una santa ilusión de llegar al Sacerdocio.

Todo ayudaba; suavemente, iba labrándose en nuestro ser la figura del sacerdote; iba entrando el espíritu en lo profundo del don recibido –vocación– y, casi sin darnos cuenta, subíamos la cuesta de la ascética... y, otras veces, dándonos cuenta, estimulados siempre por el ejemplo, vencíamos las dificultades que en la vida del seminarista frecuentemente se presentan. Aquel ambiente de fuerte austeridad, no mermaba la sana alegría, ni secaba la jugosa espontaneidad, sino que, como benéfica lluvia de gracias, iba forjando nuestras almas en el sacrificio, en el desprendimiento, en la soledad llena de Dios...

Feliz fui de niño, y de muchacho, y de seminarista ya mayor; vivía en el Seminario como en mi propia casa; era ‘mi casa’... y al recordar aquellos años, sólo sé dar gracias a Dios y a la Virgen, Madre de Cristo Sacerdote, que tiene acción tan directa en el caminar del seminarista.



“Mi paso por el seminario”

Feliz fui también con los Superiores, que con su ejemplo y orientaciones abrían camino a nuestro andar de principiantes. ¡Cuántas veces, una mirada, una sonrisa, una palabra, disipaba la duda, o señalaba la desviación y el error, o encendía la llama del amor a la vocación!

Así fueron mis años de seminarista, que desembocaron en las Ordenes Sagradas, recibidas con profundísima emoción. Inolvidables años de Seminario, que enlazaron con los de Superior; porque, de inmediato fui nombrado profesor, luego Prefecto, cargos que requerían seguir viviendo allí. El Seminario, pues, continuó siendo ‘mi casa’.

Más tarde, el cargo de Director Espiritual, que siempre he considerado la más grande gracia después de la del Sacerdocio, culminó mi vocación. La formación del futuro sacerdote me exigía una muy constante entrega, fidelidad, vida de Dios...



El sacerdote es ‘alter Christus’; es elegido por Dios para ministro y dispensador de sus misterios... y quedé entregado plenamente a esta tarea: Seminario... Seminaristas... Sacerdotes. Horas y horas en el cuarto donde siempre me encontrarían; horas y horas en el confesonario –labor que consideraba primordial–; y no pocas horas en la Capilla, que allí había de encontrar luz y seguridad para guiar a esas almas predilectas, escogidas por Dios, y que había de conducir, sí, hasta el altar, pero, sobre todo, hasta la configuración con Cristo Sacerdote, nuestro Maestro Divino, nuestro modelo, nuestra vida.

Este ha sido mi paso por el Seminario: un afán decidido, constante, en llegar al Sacerdocio; una vida entregada, sin descanso, al ministerio encomendado.

Y ahora ya, en el ocaso de la vida, sigo rendido en gratitud por cuanto en el Seminario recibí; sigo exultando de gozo por el don del Sacerdocio; sigo entregando mi vida –en el silencio de mi retiro– por los Sacerdotes y seminaristas... Y, al escribir ahora ‘Mi paso por el Seminario’, confirmo que de ese tiempo he vivido y seguiré viviendo hasta morir. Porque, no he pasado por el Seminario; en espíritu, quedé allí.

J. M^a GARCÍA LAHIGUERA, en “La escalera de caracol”, 1981.

J. M^a GARCÍA LAHIGUERA, en “La escalera de caracol”, 1981.



Gracias comunicadas



• El hijo de un compañero nació con 7 meses de gestación y con graves problemas en los pulmones y el corazón. Temiendo por su vida, dada la extrema gravedad de su situación, le encomendé a D. José M^a. Tras varias semanas de peligro, el niño, recuperado, ha podido ir a su casa. Publico este favor para gloria de Dios y participación en ello de su Siervo.

Marta - Toledo

• Desde hace bastante tiempo rezo la oración de D. José M^a y llevo conmigo su estampa. Cuando me diagnosticaron cáncer de colon, le pedí a Don José María que intercediera por mí y por mi familia ante Dios Nuestro Señor. Me llevaron al quirófano con mi estampa, y yo le pedí que todo saliera bien y por los cirujanos.

A los dos meses fuimos a la consulta con el oncólogo y nos dijo que no necesitaba nada de tratamiento ni radioterapia ni quimioterapia, aunque sigo con revisiones periódicas. Por todo esto quiero dar gracias.

M. L. - Huelva

• Gracias, Padre, por haber sacado a mi hermano del infierno que es el mundo de la droga, en el que llevaba enganchado 22 años; gracias por su conversión y recuperación después de un grave accidente. Padre, ¡siga protegiendo a mi familia!

S. López - Salamanca